

Ser ese brujo

René Rueda Ortiz



Fotografía: iStock

1

—QUIERO QUE ME AME TANTO COMO YO A ELLA —dijo el hombre de tez clara, regordete; de lentes con armazón metálico e impecable traje negro.

El brujo dio un trago a su vaso de *whisky*, agarró una pluma y anotó la receta en una hoja de papel:

—Consíguelo esto —dijo.

—¿Petrarca, Gelman, Benedetti, “Canto II” de *Altazor*? ¿Son remedios? ¿Dónde los consigo?

—Son tres poetas y un poema. Lo conseguirás todo en la Librería Raskólnikov, dices que vas de mi parte —señaló el brujo. El hombre repasó con la mirada aquella sala de estar: en los cuatro muros había librereros saturados de volúmenes. Aquel

lugar parecía, más que el hogar de un curandero, la guarida de un ávido lector.

—No puede ser, vine por un amarre y me sale con libros... —dijo el hombre y se llevó las manos a la cabeza.

—Esos poetas pueden prender hasta el deseo de una muerta —explicó el anfitrión. El rostro del hombre enrojeció:

—No se vale que se burle así.

—Yo no me burlo: si le dices los poemas, al poco rato te la puedes llevar a la cama sin miedo a que te rechace.

El hombre se había quitado los lentes, cabizbajo, ahora se tallaba los ojos y murmuraba maldiciones. Luego, quizá por pundonor, levantó la mirada y confrontó al brujo:

—Eso es una vulgaridad. Vine porque me dijeron que usted era el mejor. Ya he leído bastante y no sirve de nada. Mi primera intención no es llevármela a la cama: lo que quiero es que me ame.

—Y yo te digo que el encuentro íntimo es el que echa candado al amor, pero si no quieres que te cueste trabajo, está bien: te haré un amarre que nunca falla, pero te saldrá más caro que comprar unos libritos.

—¿Cuánto?, yo pago lo que sea.

—Ocho mil. Ahorita.

El hombre se desabotonó el saco y extrajo una chequera.

—Eso no. Conmigo puro efectivo: como mis remedios —apuntó el brujo. El otro sacó su billetera: traía más de ocho mil allí. El brujo contó los billetes, luego se levantó y se detuvo junto al hombre, quien permanecía en un mullido sillón con las piernas cruzadas y las manos sobre su abultado vientre:

—No te muevas —indicó el brujo, y puso las manos en las sienes de su nuevo cliente: de este modo leyó sus pensamientos.

“Habría querido ser muchas cosas: menos gordo, con buena vista, diez centímetros más alto; de voz más

grave, de pelo un poco más claro, de manos un poco más grandes”, en fin, pensó el brujo mientras exploraba aquella mente, que este imbécil se odia. Viajó hacia atrás: necesitaba conocer, mediante los recuerdos, a la mujer sobre la cual arrojaría el amarre; la miró en la recepción de una empresa hidroeléctrica, tras el recuerdo de una tarde lluviosa y la nueva entrada de un diario que el cliente guardaba entre sus camisas planchadas. No se trataba de una mujer apetecible a los ojos del brujo: era muy delgada, con pechos de buen tamaño pero distantes entre sí; tenía firmeza en las pantorriillas y en los glúteos; lo mejor era su rostro afilado, con unas arrugas en las orillas de los ojos que enmarcaban, de buen modo, los iris de color castaño. “Una venadita con buen trayecto”, pensó el brujo: “y este idiota dando rodeos”. Miró a su cliente en pleno cortejo: flores, invitaciones a almorzar sin atreverse a cogerla de la mano; concentrado en el recuento de su decepciones amorosas: “Yo soy un caballero, Maritza, y por eso las mujeres se aprovechan. Soy leal y honorable. Espero que entiendas lo que te digo: yo creo en la familia...” El brujo adelantó en los recuerdos. Se enteró de que el tipo aún vivía con su madre y que, frecuentemente, hablaba de ella con Maritza, a quien solía acompañar hasta su casa, aunque ella jamás lo invitaba a pasar. Antes de abandonar aquella mente, el brujo se fijó en los letreros de las calles, en las fachadas de las casas, luego retiró sus manos.

—Abre los ojos —le ordenó al cliente, mientras le pasaba una mano por el rostro, al tiempo que pronunciaba—: *Ynic concui, ynic conmaxcatia yn çan iyollocacopa ytechpohuiznequi yn teyxcuepaliztli*.¹

El cliente sintió que un fuego le ardía en las mejillas. Luego vio cómo el brujo, con la misma mano, se tallaba en repetidas ocasiones su propia cara mientras decía:

¹ Así, la agarrará, se apoderará de ella cuando, de propia voluntad, ella deseara consagrarse al engaño.

—Que la vista mude, que mude el sentimiento, por el espíritu de mi vieja, por el poder de mi señor que así suceda... Listo, hemos terminado, ya puedes irte.

—¿Es todo? ¿Así como así? ¿No tengo que traerle algo de la mujer que amo?

—Esas son tonterías. Vete. Mañana le hablas a eso de las cinco de la tarde. Verás que tu suerte ya habrá cambiado.

2

El brujo leía *El Testamento* de François Villon en el instante en que llamaron a su puerta color ocre. Eran las seis y media de la tarde. Quienes acudían en busca de ayuda siempre lo hacían con desespero y sin cita de por medio. Dejó que golpearan otras cinco veces y fue a abrir.

—Ayer te pagué ocho mil pesos..., y no mames —dijo el cliente.

—Ya la tienes, ¿no? —preguntó el brujo mientras alistaba un rodillazo a los testículos por si la furia del cliente lo requería. Pero no: la suya era una violencia contenida, “de ahí ese voluminoso cuerpo inflado por la grasa y el rencor”, pensó el brujo.

—La tengo..., pero no mames, ¡no mames!

El cliente le explicó que no fue sino hasta las cinco veinte que llamó a su amada y le pidió que se vieran. Ella lo recibió en su casa treinta minutos después, lo invitó a pasar y, sin explicación de por medio, le acomodó un montón de besos y abrazos.

—Me dijo..., no mames, me dijo que la verdad ella se moría de ganas porque estuviéramos juntos otra vez, en un mismo día; “eres todo un animal, Mario, no puedo creer que te esté diciendo esto, nadie me había hecho subir tanto; no te creía capaz de hacer esas cosas, esa proezas, como tú las llamaste...”, así me dijo. Y pues,

no mames, tú hiciste algo muy desgraciado: alguien se hizo pasar por mí y se la estuvo tirando mientras yo me paseaba por las joyerías del sur para comprarle un pinche anillo; por eso vengo a matarte —dijo el cliente, al tiempo que extraía, del bolsillo interior del saco, un cuchillo de cocina.

El rodillazo del brujo fue certero. El cliente soltó su arma y, dócilmente, con las manos entre las piernas, se dejó caer de lado. Sabía sufrir en silencio. Su respiración era semejante a la de un perro sometido en franca lucha. El brujo se puso en cuclillas.

—Eso le pasa a los que no leen la letra pequeña. Los libros te habrían salido más baratos, pero ahora ya tienes lo que querías: la dama está afinada a modo tuyo; en su cabeza no hay sombra de duda: quien estuvo con ella esta mañana fuiste tú, al menos en lo que a cuerpo, rostro y voz se refiere, porque las habilidades que la pusieron al tiro..., bueno, todo se puede aprender en esta vida, pero vas a tener que esmerarte. ¿Ya te dijo que te ama, no? Eso es todo, ya ni le busques. Y no le andes contando de tus amoríos frustrados ni le vayas a echar tu cuerpo encima. Respira hondo, por la nariz y, sobre todo, nunca, nunca ataques a nadie con un cuchillo de tu madre. Mira, casi nunca hago esto, pero pásale, te voy a invitar un trago de *whisky*, ayuda a calmar el dolor —dijo el brujo, y el cliente, doblegado ante las acciones y las palabras de aquel individuo de estatura baja, correoso cuerpo y angulosas facciones, comenzó a arrastrarse por el departamento.

Le costó trabajo, pero llegó hasta el mullido sillón del día anterior, trepó, se acomodó, sin dejar de sobarse la región mancillada, y comenzó a respirar profundamente, añorando, más que el amor veraz de Marizta, aquel trago de *whisky* que el brujo le había prometido. ■■■